

EL AMIGO DEL POBRE

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " " 5 " " "	
500 " " " " " 25 " " "	
1000 " " " " " 50 " " "	

«Este precepto os doy: Amad los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Virada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sanguis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

EL PAPA PEREGRINO

I

La nueva se extiende con la rapidez del rayo; el Papa va a salir del Vaticano, va a salir de Roma, después de tantos años de cautiverio!

¿Pero qué ha sucedido?

Ayer mismo el Papa llamó a su presencia a todos los Cardenales y les dijo con el tono del que ha tomado una resolución irrevocable:

—Mañana salgo del Vaticano

—¡Santísimo Padre!—exclamaron los Cardenales asombrados.

—¡Mañana salgo de Roma!

—¡.....!

—Dios lo quiere—prosiguió el Papa—hace treinta años que, sin faltar un día, he pedido al Señor en la oración me de a conocer su voluntad definitiva en este asunto y acabo de tener la certidumbre más completa. Esta situación del Pontificado y de la Iglesia es intolerable... No dejan venir a mí a mis hijos sin grandes dificultades;... no puedo comunicarme, como yo lo necesito, con mis ovejas... Yo deseo ver con mis ojos sus necesidades, oír con mis oídos sus quejas... ¿Impiden que los hijos vengan al Padre? Veremos a ver quien se atreve a impedir que el Padre vaya en busca de sus hijos. No necesito que me acompañe más que mi Cardenal Secretario y los Prefectos de las Congregaciones romanas... y si ni aún estos se atreven a seguirme, saldré yo solo y a pie, y saldré mañana mismo.

Al pronunciar estas palabras con vibración capaz de comunicar las energías del martirio, el Papa estaba transfigurado. No era ni Pío VI, el Papa mártir muerto en su prisión de Valence; ni Pío VII, el prisionero de Napoleón; ni Pío IX, el desterrado de Gaeta; ni León XIII, prisionero de Humberto, era el anciano inmortal, el anciano de siempre puesto sobre la piedra inmovible; era Pedro que salía de la cárcel Mamertina dispuesto a subir otra vez al Juicículo; era algo insólito y muy grande que iba a tener otra resonancia inmensa en Europa, y en el mundo.

II

Cuando el Gobierno usurpador se dió cuenta de la determinación del Pontífice, ya fué tarde para evitar la gran manifestación mezcla de duelo y de entusiasmo delirante que toda Roma daba, al ver por sus calles, después de tantos años de prisión, al Vicario de Cristo, al legítimo Rey de Roma, sin guarda suiza y sin más séquito y escolta que una muchedumbre innumerable y respetuosa que caía de rodillas bajo su bendición y obedecía a su voz dejándole paso franco y reprimiendo los vítores y aclamaciones.

Todos los balcones de Roma aparecieron en un abrir y cerrar los ojos cubiertos de crespón negro y de colgaduras con los colores pontificios: ¡en ninguna parte se veían los colores nacionales, en ninguna la cruz de Saboya.

Las campanas todas tocaban un toque singular; no era repique ni doble, pero tenía algo del día de Difuntos y del día de Resurrección...

Logró por fin el Papa verse fuera de la Ciudad Eterna, y no pudo menos de volverse a mirarla, como Jesús se volvió a mirar a Jerusalén. Y, como Jesús, el Padre Santo lloró y bendijo a su amada Roma.

Aquel adiós, sin embargo, no era el adiós de despedida del que se va para no volver.

Los diplomáticos, los embajadores cerca del Quirinal y del Vaticano no querían creer lo que les anunciaba el telégrafo y el teléfono: «el Papa ha salido de Roma. El Papa se encamina a pie en dirección al puerto de Civita-Vecchia».

¡Mas el hecho era innegable; así como la ovación de Italia entera, vuelta como por ensalmo a la fe y a la devoción al Papa, era indescriptible!

La nobleza romana y la italiana ofrecía al egregio peregrino sus palacios, sus servidumbres... Todo inútil. El Papa únicamente aceptaba el modesto homenaje de los Prelados, de los párrocos y de los conventos que encontraba al paso, porque quería estar con sus hijos, verlos, oírlos, consolarlos.

Al dar vista a Civita-Vecchia, un destacamento, un verdadero ejército de italianísimos, enviado por los carceleros del Pontífice, intentó cerrarle el paso, invitándole el general Malarotti con fingida cortesía a que volviera a Roma, donde se le concederían garantías mucho más amplias. El Papa con un ademán digno del gran San León en presencia de Atila y de sus bárbaros, contestó: «¡Paso al Vicario de Cristo! Tengo el derecho como el último de los mendigos, de atraesar por el pedazo de tierra que pisa mi sandalia y de respirar el aire libre que encuentre en mi camino. ¡Basta ya de esclavitud! ¡Paso al vicario de Cristo!»

III

En alta mar, a vista de Civita-Vecchia, se hallaban las numerosas escuadras de todas las naciones. La francesa fué la primera en llegar. ¿Quién las había convocado allí? Los respectivos gobiernos, o más bien Dios que mueve los corazones. La protestante Inglaterra, la cismática Rusia se disputaban la honra de defender la libertad del Padre Santo y de ofrecerle sus enormes acorazados.

En esto el Emperador de Alemania quiso intervenir por medio de un enviado extraordinario y con pliegos reservados. Antes de que los abriera el Papa ya se sabía en Europa su contenido, que era este poco más o menos: «Si desea Vuestra Santidad volver

a sus Estados, puede contar con la espada del Emperador de Alemania.» Insistentes rumores aseguraban al mismo tiempo que su Santidad había recibido de la Reina Victoria un autógrafo en el que le declaraba que lo que hacía años se susurraba por el mundo era verdad; a saber, que ella era católica y que estaba por fin resuelta a declarar la Religión católica religión del Estado; que contase pues, con todo el apoyo de Inglaterra, que volvería a ser la Isla de los Santos. Por su parte el Emperador de Rusia también remitía otro autógrafo al Papa asegurándole que quería acabar con el cisma; que estaba harto de Popes y deseaba entenderse con un sólo Papa de veras.

En suma que había algo en la atmósfera que infundía a unos temor y a otros esperanzas. El Papa dió las gracias a los Soberanos, pero no aceptó ninguno de los ofrecimientos.

Sólo preguntó si en el puerto de Civita-Vecchia había algún barco español.

—Los restos de la escuadra—le contestaron—que quedan después de los desastres marítimos de Santiago de Cuba y de Manila, no han llegado todavía.

—Pero... ¿no hay ni siquiera un barco mercante? ¿Aunque sea un barco de vela?

—Sí, Santísimo Padre, uno hay precisamente de la matrícula de Bilbao.

—Siempre será mayor que la barquilla de Pedro el pescador del lago de Genesaret. Pues en ese barco español quiero arribar a las costas de España.

—¡España!—exclamaron los que le rodeaban a Su Santidad—España es la última de las naciones... ha quedado exangüe, sin prestigio.

—¡Pero no sin honra!—exclamó Su Santidad;—España, la verdadera España tiene honra todavía para dar a las demás naciones. Será la más pobre, sí, y la más desgraciada, pero por lo mismo es la más digna de la conmiseración y el amor del Padre de todos los pueblos. Quiero ir a consolar a España, a levantar el espíritu del pueblo más católico del mundo, pues yo sé por la historia de lo que son capaces los españoles.

IV

Jamás había contemplado el Mediterráneo un espectáculo semejante! Jamás había visto tantas y tan formidables escuadras reunidas. Todas se ofrecieron a escoltar el barco mercante donde iba el Pontífice. Todas iban empavesadas, enguarnaldadas como en los días de gala.

Abrió la marcha la escuadra francesa, que fué la encargada de adelantarse y comunicar en Barcelona que el Papa iba a desembarcar en tierra española, haciendo su primera visita a *La Moreneta* de Montserrat y yendo después a pie a postrarse ante el Pilar de Zaragoza y desde el Pilar hasta el sepulcro del Patrón de España en Santiago de Compostela!

No fué menester saber más para que se transformara España en un solo día.

Lo que no habían conseguido los hombres más sabios y santos, ni los mismos Pontífices, es decir, unir en un solo haz a todos los españoles, lo consiguió esta aparición entre nosotros del Vicario de Jesucristo. No fuimos todos más que un corazón y un alma.

Y al saludarnos el Papa exclamando: ¡Viva España! en toda la península no se oyó más que una exclamación: ¡Viva el Papa-Rey!

Cuando llegó el Padre Santo al Pilar de Zaragoza ya encontró allí a todos, absolutamente a todos los Prelados españoles con gran parte del Clero secular y regular de sus diócesis. Pero antes había llegado, de todos los ámbitos de España, el pueblo, el genuino pueblo español: los descendientes de aquellos legendarios expedicionarios catalanes y aragoneses con sus típicos sorongos y barretinas; y con la montera gallega y al árabe calañés y con sus característicos y pintorescos trajes regionales los descendientes de aquellos que secundaron las hazañas de Pelayo, del Cid, de Fernán González, de Hernán Cortés, de Pizarro, de Legazpi, del Pulgar, D. Juan de Austria y de Gonzalo de Córdoba.

Imposible enumerar y menos descubrir las conmovedoras escenas e incidentes de la marcha verdaderamente triunfal del sucesor de Pedro.

A Pío VI cuando iba entre soldados prisionero, camino de su cárcel de Valence, niñas vestidas de blanco le alfombraban las calles de rosas, y damas nobilísimas, de rosas le llenaban el coche.

Pío IX, cuando estuvo desterrado en Gaeta, pudo ver cómo las tropas españolas rendían a sus sagrados pies nuestra bandera que sólo se humilla ante Dios.

Pero nuestro Pontífice peregrino, desde que pisó tierra española, tuvo la convicción de que se había hecho dueño de todos los corazones: no era amor, no era entusiasmo y delirio, era más, mucho más: eran los caminos y las calles cubiertos de arcos triunfales, de flores y alfombras; eran los aires rehenchidos de vitores y cánticos litúrgicos, de perfumes de incienso, del repique de las campanas y del estampido de los cañones; eran los corazones estallando en latidos de placer y los ojos arrasándose en dulcísimas lágrimas; eran los pueblos cayendo de rodillas al pasar. Su Santidad, las tropas presentándole las armas y las madres, presentándole a los hijos de sus entrañas para que se los bendijera!

Fué más, muchísimo más: fué la explosión unánime de muchos millones de hombres decididos a todo, absolutamente a todo, organizados por primera vez después de una desorganización espantosa y subordinados todos a una sola idea, a la más grande y transcendental de todas; idea sintetizada en estas palabras: ¡a Roma! ¡a Roma!

V

La parálisis del miedo se apoderó de todos los miembros masónicos y revolucionarios.

Y al ver una nación de tan gloriosa historia, compacta, denodada, que hacía suya la causa del Papado, que es la causa de la humanidad, la gran causa de Dios; los poderes heréticos de Inglaterra y Alemania, el gobierno cismático de Rusia y hasta el materialista de los Estados Unidos por una mudanza de la diestra del muy Alto, respondieron como un eco impotente y amenazador al grito de España que repetía avanzando hacia Italia: ¡a Roma! ¡a Roma!

Una inmensa confederación cristiana, sin más intimación que su propia existencia, obligó a desalojar el Quirinal, a desamparar a Roma, a evacuar los Estados Pontificios; y el Papa peregrino que vino a pie a resucitar a España, pudo ver cómo la España resucitada le volvía llevándole en hombros a Roma, al trono de sus antecesores. Y las naciones al llevar a cabo, capitaneadas por España, este acto de justicia, como quien arroja el enorme peso de un

gran remordimiento de conciencia, empezaron a respirar auras de esperanza...

En este momento oigo la conocida voz del Hermano despertador, el cual, entreabriendo como de costumbre la puerta, dice: *¡Benedicamus Domino!—Deo gratias, respondo yo, incorporándome en la cama y añadiendo como Segismundo en La vida es sueño:*

*¡Válgame Dios!
¡Qué de cosas he soñado!*

SAJ.

Corazón de padre

Lo es verdaderamente el de su Santidad Benedicto XV. Delante de la cruel y sangrienta conflagración europea, desde el primer momento de su exaltación Pontificia, escucha los tristes lamentos de tantos hijos suyos como caen en el campo de batalla, y con un corazón lleno de caridad para con todos los beligerantes, las primeras palabras que dirige al mundo cristiano van encaminadas a la consecución de la paz. Es verdad que la paz no se ha concertado, pero el Santo Padre no se desanima, busca una ocasión propicia para que los soberanos de las naciones en guerra depongan las armas.

No, Benedicto XV no descansa, busca siempre un medio para que cese el fragor de la pelea y enmudezcan las máquinas de destrucción y de muerte, y para ello propone a los beligerantes un armisticio durante las fiestas de Navidad, durante aquellas fiestas en las que el mundo celebra el nacimiento del Rey pacificador. El pensamiento del Papa no pudo realizarse porque la heterodoxa Rusia no aceptó la propuesta de Benedicto XV.

Pero el corazón ardiente y generoso del Pontífice, mientras gime a la vista de una guerra que no tiene trazas de acabar por ahora, se dedica a consolar a sus hijos de todas las naciones beligerantes, y en un arranque de caridad cristiana destina a los heridos de la guerra el *Dinero de San Pedro*, óbolo que los fieles le ofrecen para remediar sus necesidades, ya que se ve privado de recursos materiales desde el despojo de sus Estados.

Su caridad, su amor de padre no acaba aquí, porque el Padre Santo, en nombre de aquella caridad cristiana que él proclama continuamente, ruega a todos los supremos gobernantes de las naciones contendientes que se dignen canjear los prisioneros inútiles para el servicio militar; Alemania, Austria, Inglaterra, Francia, Bélgica, Rusia, Servia y Turquía, todas corresponden con entusiasmo al ruego de Benedicto XV y aceptan tan humanitaria y generosa idea. Esta vez ha triunfado el corazón ardiente y paternal de nuestro Santo Padre.

Pero la guerra sigue, implacable, cruel, sangrienta; y para implorar de la divina Misericordia la terminación

de la guerra, ha ordenado que en todo el orbe católico se hicieran públicas rogativas, determinando la forma en que debían hacerse y el día que habían de tener lugar.

¡Que Jesucristo, que vino al mundo para pacificar, unir, derramar flores de bendición, producir frutos de amor intensísimo y proclamar la unión y la concordia entre todos los hombres, entre todas las razas, entre todos los pueblos y naciones, presente las súplicas del orbe católico a su Padre celestial, para que ponga fin a esta cruel y desastrosa guerra y consuele de esta manera el paternal corazón de nuestro Santo Padre Benedicto XV!

SELECTA

Medios fáciles y eficaces para mantenerse un pueblo en su antiguo esplendor

(SONETO DEL SIGLO XVII)

Cobrar y administrar con buena cuenta; no dar a quien por sí no lo merece; no quitar lo que a otro pertenece; ni permitir que el premio pase en venta.

Pagar las deudas que el descuido aumenta y moderar el gasto que empobrece; tener en lo que jamás justo parece providencia prudente y no avarienta.

Socorrer las fronteras sin tardanza, mantener en su honor a la milicia, fomentar del Comercio la ordenanza.

Fundar artes fabriles con pericia, alentar la crianza y la labranza y sobre todo, administrar justicia.

Por la copia

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

CRÓNICAS DE VERANO

GAZMOÑERIAS

En un mismo correo recibí carta de un amigo encargándome buscara un internado para el hijo de su alma, tierno retoño de catorce años a quien se le indigestó el latín, y el prospecto de cierto colegio que abarcaba todos los fines que puede pretender el padre más exigente referentes a la salud, la instrucción, la economía en el precio y la moralidad en la educación. Esto último, sobre todo, lo recalaba el prospecto, hablando de un «criterio amplio de educación», según el cual no hay que hacer «hombres gazmoños, sino hombres honrados».

Pues, colegio o prospecto, o lo que seas; esto es lo que quiere decir el padre de la criatura, lo que quiero yo y lo que queremos todos. Nada de gazmoñerías, es decir, nada de devoción afectada, ni de virtudes fingidas: todo sólido y verdadero, como se debe encerrar en la vida y hechos de un hombre honrado; pues si el honor es patrimonio del alma y la honra premio ordinario del honor, quiere decir que un hombre honrado lo sería ante su conciencia por sus semejantes y a los ojos de Dios.

Con estos antecedentes y promisas allá me fui a enténdermelas con el director del colegio, o con su representante en los meses de verano. Y sucedió que me metieron en una salita o recibimiento, donde lo primero que se me ofreció a la vista fueron *La Correspondencia, El Imparcial y La Epoca, Blanco y Negro y Nuevo Mundo*, y en aquel momento y coyuntura se me borró cuanto

decía el prospecto sobre desarrollo físico, economía, instrucción y educación moral, y encarándome con el subdirector que salió a recibirme, hecho unas mieles, comencé por preguntarle:

—Diga usted, señor, y perdone: ¿estos periódicos son para los visitantes o para los alumnos de esta casa?

—Ahora para los visitantes—me dijo con sonrisa de compasión—. Pero cuando empieza el curso, una de las maneras de premiar la aplicación y la buena conducta de los discípulos internos es concederles permiso para leer periódicos.

—¿Y son éstos precisamente?

—Estos, por tratarse de periódicos serios todos ellos.

—De modo que una de las circunstancias o caracteres de este colegio es, por lo visto, la severidad.

—Usted lo ha dicho, la severidad.

—Muy bien; y diga usted: los muchachos, ¿aldrán alguna vez a paseo y al teatro?

—Sí, señor; y son otros tantos premios a la laboriosidad y al talento.

—Perfectamente. Y, por lo visto, también irán a teatros serios.

—Por supuesto; pero en eso solemos tener en cuenta la edad de los niños, que no sufren se les tenga cuatro horas viendo representar un drama con los nervios en tensión.

—¿De modo que irán a la *Zarzuela*, a *Apolo*, a *Lara*?

—¿Sí, señor; y alguna vez a *Eslava* y al *Cómico*.

—Eso es; y verán *Enseñanza libre*, *La gatita blanca*, *La Copa encantada*, etc.

—Algo de lo corriente.

—Pues ahora me explico esa parte del prospecto referente a que ustedes no tratan de hacer hombres gazmoños, porque, ¿qué gazmoñerías van a aprender los angelitos en las columnas de *El Imparcial*, *La Correspondencia* y *La Epoca*, ni en los escenarios donde se representan las porquerías o semi-porquerías que forman el abasto ordinario de los teatros que hemos citado?

—Como director accidental del colegio no puedo permitir semejantes atrevimientos, caballero.

—Y qué me importa que usted lo permita o no; si el atrevimiento consiste en hacerlo, no en decirlo.

—Por lo visto, estoy hablando con un padre de ideas exageradas.

—Exageraciones se apellidan hoy a las más elementales verdades, y cosa pasada de moda al sentido común. Pero siquiera tengan ustedes el valor de sus actos y pongan en el prospecto: aquí los niños aprenden a ser hombres frescos, que no es lo mismo que hombres honrados, y cuando salen del colegio (y cuanto más aplicados peor), no sólo se han dejado de gazmoñerías y escrúpulos vanos, sino que aprenden liberalismo en los periódicos y corrupción en los teatros.

Y reparando entonces que el colegio llevaba el nombre de un santo glorioso, le dije por despedida:

—¿Y todo esto está puesto bajo la advocación de un santo tan ilustre? ¿Y por qué no le cambian ustedes el nombre y le ponen colegio de la *matchicha* y de los cuentos de Ariosto corregidos y aumentados? Porque el cubrir semejantes mercancías con el pabellón del santoral parece el colmo de la gazmoñería.

JUAN ESTEVE.

Homenaje al Papa

La felicísima idea que el Gobierno de España tuvo de ofrecer hospitalidad en nuestra patria al Vicario de Jesucristo, si los azares de la guerra le obligasen a salir de Roma, fué entusiastamente acogida por todos los católicos españoles, quienes, en su amor al Padre de la cristiandad, Benedic-

to XV, se apresuraron a firmar el mensaje, adhiriéndose al generoso ofrecimiento hecho por el Gobierno.

Quiera Dios que no tenga necesidad de abandonar la Cátedra de San Pedro, pero si por efecto de las circunstancias, se viere precisado a buscar asilo fuera de la nación donde tiene su cuna el Pontificado, tenga la seguridad nuestro Santísimo Padre de que, como dice el mensaje, «más que los muros majestuosos del Escorial, le servirían de escudo nuestros pechos esforzados, y más que sobre la tierra de España se asentaría su trono sobre los corazones españoles.»

En el próximo número

“Un entierro civil”

Dentro de un submarino

Ahora que los periódicos publican diariamente los terribles y destructores efectos de estos novísimos buques, cuyo secreto, aún todavía rudimentario, descubrió nuestro Monturiol, y más tarde resucitó Peral, resultan tan oportunos como interesantes los datos que sobre la vida a bordo de uno de ellos, comunicó el teniente de navío Claus Hansen, comandante del *U 16*, a un periódico norteamericano.

«Cuando nos encontramos próximos al enemigo—ha dicho el joven comandante—o lo exigen las malas condiciones atmosféricas, navegamos sumergidos.

Antes de la inmersión cerramos todos los huecos, y por medio de las bombas de aire elevamos la presión de éste, y yo la determino observando el barómetro.

Terminados estos preparativos, descendemos bajo el agua, y reina a bordo un silencio de muerte. Funciona sin ruido el motor eléctrico, sólo se oye a veces sobre nosotros el chapaleo de la hélice de algún vapor que pasa.

Gobernamos mediante el mapa y el compás. El aire, al calentarse, se enrarece, y en él flota el penetrante olor a aceite de la máquina. El ambiente se carga, y un sueño invencible se apodera de los que en el submarino efectúan sus primeros viajes. Hombres he llevado yo a bordo que en los tres primeros días de embarque rechazaban la comida por no interrumpir su sueño unos minutos.

Eso de que el mareo no se experimenta en el submarino es completamente falso. Cuando hace mal tiempo o la proximidad del adversario nos obliga a permanecer sumergidos durante mucho tiempo la atmósfera a bordo casi se hace irrespirable y, excepto los que se hallan de guardia, todos los demás tripulantes reciben orden de acostarse, o por lo menos de no moverse más que lo absolutamente indispensable, ya que en todo movimiento absorben oxígeno los pulmones y se hace preciso economizar ese gas, como por ejemplo, el viajero que cruza un desierto se esfuerza en no consumir la última gota de agua que le resta.

No se puede encender fuego a bordo, porque la llama quemaría oxígeno, y no es cosa de que la cocina consuma la potencia eléctrica de los acumuladores; así es que, durante nuestros cruceros, sólo de fiambres nos alimentamos. Como ve usted, no llevamos cocina a bordo.

En este reducidísimo espacio, donde apenas lo hay para estirar las piernas, y mientras cada cual atiende al servicio que le está encomendado, sobreponiéndose a la constante y terrible fatiga de los nervios, yo observo el periscopio, ya de pie, ora sentado, durante ocho horas consecutivas cada día, al cabo de los cuales me retiro con agudísimo dolor de cabeza y en los ojos.

Las horas en que estamos francos de ser-

vicio las dedicamos al reposo. Debajo del agua el submarino se balancea suavemente como una cuna, y gozamos de un sueño reparador.

Antes de emerger doy siempre la orden de que todo el mundo guarde absoluto silencio unos minutos para cerciorarme de si algún buque se aproxima.

G. de C.

Importante

para nuestros suscriptores
al corriente en el pago

Notas recibidas

75.—D. A. M. P., de Caldones.—Parroquia de Caldones (Gijón).

76.—D. R. C., de Gijón.—Parroquia de San Andrés apóstol, de Fresno de la Vega (León).

La soberanía de Jesucristo

Yo, frágil materia, sujeto, como todos vosotros, y quizá más que vosotros, al imperio de las flaquezas humanas, puedo aseguráros que no tengo ni deseo tener sobre mi pecho más condecoraciones que el escapulario que me dió mi madre al morir, y que forzado a escoger entre el trono más brillante del universo o subir las gradas de un cadalso, no vacilaría en escoger esto último, si se me obligase a abjurar de mis creencias religiosas o a renegar de la soberanía, sobre todos los actos de mi vida, de Cristo Redentor.

MELLA, en el Congreso.

Charla

—Oye, mujer, ¿sabes que ayer vi entrar dos de esos señores de la Conferencia en casa de don Leonardo? y me chocó. ¿Irían a llevarle limosna?

—Sí, Salustiana, porque don Leonardo desde que le dejaron cesante las pasa *muy gordas*; ya tú puedes comprender, la mujer enferma y con seis hijos.

—Pero la mayor ¿no gana?

—Una peseta cada día en el taller del señor X...

—Con eso no hay ni para pan.

—Por eso mismo acudieron a la Conferencia de San Vicente para que esos señores que tanto bien hacen en el pueblo, lo mismo que la de señoras, les tiendan un poquito la mano.

—Muy enterada estás, Virtudes, de los aprietos de don Leonardo y familia.

—No te choque, soy vecina de ellos y además me encomendó el mismo don Leonardo que viese a ver si la Conferencia de caballeros podía atenderle con algo, que a él le daba mucha vergüenza decirlo. Se lo dije a mi marido que es socio y, gracias a Dios, el socorro y los consuelos de la Conferencia no le faltarán.

—Los consuelos... las palabritas religiosas puede ser, que de esto están bien abundantes esa gente, pero el socorro bien escaso lo dan, chica.

—¿Puedes exigir tú a nadie que de más de lo que tiene?

—Imposible.

—Pues si los señores y señoras de las Conferencias de San Vicente dan cuanto se les entrega para limosnas, con más lo que ellos mismos dejan en la colecta semanal, llegando en ocasiones a empeñarse con las tiendas para no privar de socorro a tantas familias como tienen a su cargo ¿por qué los censuras? Censura si te parece a los que lo malgastan por ahí en vicios y diversiones sin acordarse de que tienen hermanos que sufren y carecen de lo más necesario. Es fea costumbre de muchos hablar mal de los que se dedican al santo ejercicio de la caridad, de los católicos a quienes todas las obras benéficas se les deben, y en cambio pondérase a esos malversadores si alguna que otra vez dan limosna en público para que todos lo sepan. Las Conferencias de San Vicente hacen el bien sin ostentación, sin artículos ni gacetillas encomiásticas, sin estímulo de festivales profanos; practican la caridad evangélica que es la verdadera, la única caridad, tal como nos la recomendó N. S. Jesucristo.

—Elocuente estás para no haber estudiado en Salamanca.

—Pues todavía no te lo dije todo. Oye tú ¿es que sólo se puede hacer bien a nuestro prójimo dándole pan cuando tiene hambre? ¿Y cuando está

triste? ¿Y cuando está desesperado? ¿Y cuando está necesitado de buen consejo? ¿No agradecerá a quien le consuele, a quien le vuelva la tranquilidad a quien le guíe por caminos acertados en las mil contrariedades de la vida?

—¡Claro! ¿quién lo duda? A veces vale más una palabra amable dicha a tiempo que una peseta.

—Ya ves pues cómo en ocasiones criticais a bulto sin saber lo que decís. Los socios de las Conferencias, sean señoras o caballeros, hacen esto y mucho más. Pacifican matrimonios mal avenidos, legalizan parejas que viven como puedes figurarte, cuidan de que los hijos de padres abandonados o demasiado egoístas se eduquen cristianamente en escuelas y talleres siendo útiles para sí y para la sociedad, preservan a las jóvenes y a los jóvenes de muchos peligros del alma. Me contó mi esposo que en cierta ocasión fué tan oportuna la visita de los socios de la Conferencia a la casa de un obrero sin trabajo que evitó una triple desgracia; por efecto de la miseria y de la falta de fe cristiana habían tomado la horrible resolución de suicidarse. El socorro material que dan es escaso a veces, sí, pero es un medio poderosísimo para llevar a muchos hogares otro bien más grande y hermoso aún: la tranquilidad de la conciencia en el vivir cristiano, olvidado por ignorancia religiosa, por falta de un buen amigo que ilustre y guíe.

—Don Casimiro, tú ya le conoces,

ni es socio de las Conferencias ni cree en Dios, según él dice y sin embargo bastante vino esmerándose por atender a aquella familia del bajo de su casa. Allí no faltaba nada desde que él la tomó por su cuenta, es más, hasta los llevaba de excursión con él y al teatro en ocasiones.

—¡Al teatro, a excursiones!... y ¿para quién eran las más delicadas atenciones de don Casimiro? ¿Para el padre, para la madre o para la pollita que vestía como las primeras del pueblo, gracias a las caridades del buen protector?

—Bueno... sí... la chica era guapa y sabía lucirlo, pero eso qué tiene que ver?

—Pues que hoy los padres de la niña, deshonrada, viven llorando su demasiada confianza en don Casimiro.

—¡Qué me cuentas!...

—Son las pagas del diablo. Ahora compara lo que va de unos a otros.

—Está el mundo perdido.

—El mundo sin religión.

Yo quisiera poder ver a un hombre sobrio, modesto, casto, equitativo que dijese que no había Dios; a lo menos éste hablaría sin interés; pero un hombre tal en ninguna parte se encuentra.

La Bruyère.

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. del B.—Miraflores.—Pagó a fin Junio 1915.

Sra. D.^a E. S.—Madrid.—Pagó a fin 1915.

Sr. D. S. P.—Madrid.—Id. fin 1915.

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET
calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS es el

RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Gherzi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILL, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenís.—Gijón

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.